

CLIO

REVISTA BIMESTRE DE LA ACADEMIA DOMINICANA
DE LA HISTORIA

Academia y la Historia por el



FASCICULO VI.

NOVIEMBRE Y DICIEMBRE

AÑO 1935.

HISTORIA PATRIA

Américo Lugo y la Academia de la Historia

Santo Domingo, 31 de Agosto de 1935

Señor Dr. Federico Henríquez y Carvajal,
Presidente de la Academia Dominicana de la
Historia,
Ciudad.

Señor Presidente:

Tengo la honra de participar a la Academia Dominicana de la Historia, por el digno órgano de Ud., que, a iniciativa del honorable señor Presidente de la República, he firmado con el Gobierno Dominicano, el 18 de Julio último, un contrato en que me obligo a escribir una Historia de la Isla de Santo Domingo. Como en aceptar tan grande responsabilidad tuvo mucha parte la consideración de la existencia de la Academia Dominicana de la Historia y la posibilidad de contar con su ilustración y su consejo, he deseado que mi primer paso fuese llevar a su conocimiento lo ocurrido y pedirle su valiosa cooperación y ayuda moral.

Hace tiempo que se quería fiar a mis cortos alcances la composición de tal obra sin que yo consintiese en ello; decidiéndome al fin la consideración de que la raíz de tal deseo, que se fijó primero en el pecho de hombres que ya duermen el sueño de la muerte, como D. Emiliano Tejera y D. Manuel de Jesús Galván, se ha extendido al palpitante terreno juvenil de la generación actual dominicana, la cual recibió con visible beneplácito el modestísimo curso oral sobre historia

colonial que hace unos cuatro años me pidiera la sociedad Acción Cultural.

Dos condiciones sirven de base a mi aceptación del encargo de escribir una historia de nuestra maravillosa isla de Santo Domingo: la una, abstenerme de formular ningún juicio histórico sobre sucesos ocurridos en lo que va del presente siglo, deteniendo y colgando mi pluma ante la caída del presidente Ulises Heureaux; y la otra, reembolsar plenamente al Gobierno Dominicano cuanto se gastare en escribirla, cediendo gratuitamente a éste la cantidad de cinco mil ejemplares de la obra. Puse la primera condición porque creo que a la historia contemporánea le falta la perfección de la imparcialidad en grado tal, que la verdad puede fácilmente naufragar en ella entre los escollos del interés o del temor. Con bastante frecuencia el temor ahoga a los contemporáneos; el interés los enloquece y la adulación es lepra de su lengua. Puse la segunda, porque no quiero que la maledicencia pueda decir mañana, con apariencia de razón, que yo he sido en alguna manera gravoso al pueblo dominicano, pueblo admirable e infeliz, al tratar de alumbrarle con mis escasas luces su obscuro y glorioso pasado. Salvada de esta manera mi humilde personalidad como hombre y como escritor, pareció bien la aceptación del grave cometido. Escribir la historia de su país es acto noble que honra siempre al ciudadano que lo realiza aunque quede por debajo de la grandeza del empeño, si, por encima de todas las pocas o muchas cualidades que le adornan, coloca, como alhaja suprema, la virtud.



Quede, pues, mi empresa bajo el auspicio de la Academia Dominicana de la Historia. Contando de antemano con tal favor, luego volveré a dirigirme a élla para exponerle las líneas generales que, a mi ver, los hechos ocurridos en el suelo dominicano han determinado, imprimiéndole a nuestro pueblo su particular carácter, o sea el parentesco, conexión y dependencia real entre ellos; y el criterio que me guiará no sólo en la selección de los hechos políticos sino también en la de cuantos hechos presenten a nuestro pueblo elaborando civilización según su modo peculiar, en lucha desigual y siempre renaciente, ya con la poderosa influencia de la vida social y política metropolitana, bajo el imperio colonial; ya, bajo el sistema republicano, con la no menos poderosa supeditación del régimen social al régimen político cuyas garantías de libertad popular no han solido ser sino un pretexto para suprimirla.

Trataré de decir las cosas con la claridad que piden; aprovecharé las historias de Indias del período vetustísimo en lo que tienen de aprovechable sobre organización social, costumbres, comercio, etc.; y estudiaré cuanta correspondencia histórica llegue a mis manos, ya que es en ella, y no en los documentos, donde verdaderamente está la clave y se refleja el sentido de éstos. Todo sin olvidar que la historia de la isla de Santo Domingo tiene y tendrá hasta sabe Dios cuándo un carácter esencialmente provisional, lo que me obligará a ser cauto en las generalizaciones; y que la historia se escribe para el pueblo y, por consiguiente, que el historiador, aunque dando siempre a la verdad la supremacía del primer puesto y de la última palabra, debe procurar la difícil conciliación de los sentimientos del pueblo con la verdad, la cual no pocas veces amarga y desagrada.

Soy de Ud., señor Presidente, con sentimientos de la consideración más distinguida,

Américo LUGO

Academia Dominicana
de la
Historia

Santo Domingo, 5 de Setiembre de 1935.

Señor Dr. Américo Lugo,
Ciudad.

Mi mui estimado colega i amigo:

Correspondo con estas líneas—a nombre

i en representación de la Academia de la Historia—a la obsecuente comunicación con que usted se ha servido informarla del contrato intervenido, entre usted i el Ejecutivo, para escribir una nueva Historia de la Isla Española o de Santo Domingo, incluso la primera i la segunda era de la República Dominicana.

Dos datos, ambos de valor ético, se puntualizan en su interesante comunicación: Que la obra, en cuatro tomos, sólo llega á hasta fines del siglo décimonono; i que el autor cede al Estado la primera edición de cinco mil ejemplares de cada volumen.

La lectura de esa comunicación fué oída con cívico interés por los académicos que asistieron, en la mañana del último domingo, a la sesión celebrada ese día por prescripción reglamentaria; i su contenido, en cuanto a la orientación asumida por usted en la realización de la obra, encomendada a su cultura i su civismo, i en cuanto al concurso, siquier modesto, que la Academia pueda prestarle, como usted lo desea,—mereció una franca acogida, sin reservas mentales, como era de esperarla de quienes propugnan en favor de la cultura histórica del pueblo dominicano.

La Academia Dominicana de la Historia, servidora asidua de una causa nobilísima—la edificación del alma dominicana por el conocimiento puro y simple de su propia vida histórica—se cree obligada a contribuir en toda empresa, o cualquier obra, que tenga esa misma orientación nacionalista. Con ese amplio espíritu, ecuánime, responde ahora al reclamo que usted le hace, con frases que la honran, i queda a sus órdenes para satisfacerle en cuanto esté al alcance de sus investigaciones, o de su conocimiento, o de su conciencia, libre de prejuicios.

La Academia verá, complacida, i yo no seré el último de sus miembros en manifestárselo, que usted acometa la obra con patriótico optimismo i la termine con la satisfacción inefable del deber cumplido.

La Academia Dominicana de la Historia, por mi órgano, saluda a usted con los sentimientos de su consideración no menos alta que sentida.

Fed. Henríquez i Carvajal,
Presidente de la Academia
Dominicana de la Historia.